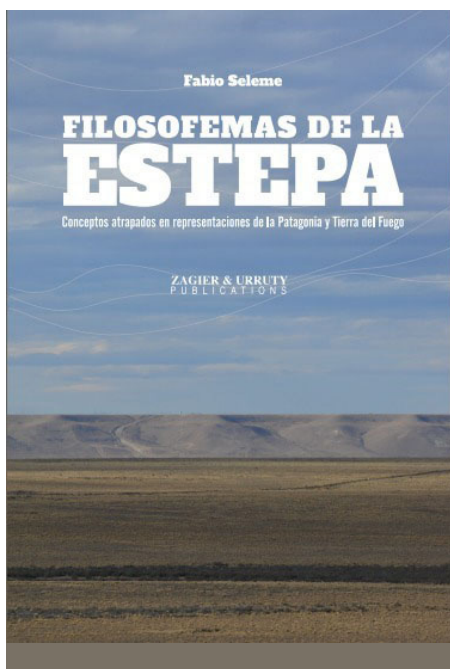


Instantáneas para una filosofía patagónica

RAFAEL MC NAMARA

(UNIVERSIDAD NACIONAL DEL COMAHUE - CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS - CENTRO DE ACTUALIZACIÓN EN PENSAMIENTO POLÍTICA, DECOLONIALIDAD E INTERCULTURALIDAD - ARGENTINA)



Reseña de Seleme, Fabio,
Filosofemas de la estepa.
Conceptos atrapados en representaciones de la Patagonia y Tierra del Fuego, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Zagier & Urruty, 2022, 122 pp.

Recibido el 2 de agosto de 2023 –
Aceptado el 1 de septiembre de 2023.

Cuando el pensamiento se deja atraer por la gravitación de un suelo concreto, es posible que la noción misma de lo que significa pensar mute. Desde este punto de vista, cabe preguntarse por los perfiles que puede asumir una filosofía situada en la región patagónica y que tome *lo patagónico* como tema. Si, como dice Fabio Seleme, la Patagonia “no es un territorio”, sino “un a priori de ausencias y destierros” (p. 55), acaso el pensamiento en torno de esta región no pueda ser concebido como una filosofía en el sentido clásico del gran Sistema, sino como una suerte de pensamiento en fuga o dispersión. De ahí la multiplicidad inscripta en el título del libro que aquí reseñamos: *Filosofemas de la estepa*.

Según la definición que recupera Seleme en el “Prólogo mínimo”, el filosofema es una entidad impura, donde lo conceptual aparece mezclado con lo sensible. Se da en él una esencial inadecuación entre la forma (representación) y el contenido (concepto), análoga quizás a la problemática relación entre la imagen y lo absoluto en los íconos religiosos. Un libro compuesto por filosofemas se plantea entonces como un recorrido por *representaciones* que esconden entre sus pliegues unos *conceptos* que no se llegan a aprehender en sí mismos y por sí mismos. La multiplicidad resultante no busca formar un sistema cerrado, sino producir una cierta atmósfera de pensamiento, un paisaje.

La Patagonia se presenta en esta obra como una suma abierta de experiencias prácticamente inefables, cuyo concepto sólo puede ser rozado por el pensar cuando éste decide aliarse con la intuición. A partir de esa alianza, un impulso filosófico pretende capturar las imágenes que sirven de vehículo a un *absoluto singular* para insinuarse en relatos, mitos, paisajes, personajes,

palabras, obras de arte y de urbanismo, dispersos en la extensión patagónica. Insignuación casi siempre fugaz, pero fulgurante para el ojo atento.

En la elección de la palabra "filosofema" parece cifrarse no sólo una intención modesta, que se presenta como una suma de "intentos fallidos" (p. 4) por conceptualizar aquello que estaría más allá del concepto (la sublime inmensidad, tanto geográfica como espiritual, de la Patagonia), sino la reivindicación, para el pensamiento, de una aproximación intuitiva al objeto de sus obsesiones. Las intuiciones que componen el libro forman, de este modo, exploraciones fragmentarias que caminan sobre la frágil membrana que separa lo empírico de lo trascendental, a la pesca de un saber esquivo y volátil sobre lo patagónico. La duplicidad del subtítulo explicita por partida doble el carácter de la tentativa: sucesión de representaciones de la Patagonia que mantienen unos conceptos en cautiverio, como reclusos en la cárcel del fin del mundo; pero también, conceptos que el pensamiento libera furtivamente, como burlando al carcelero amarrete en un instante de distracción.

El libro está compuesto por cuarenta y cinco escritos breves. Intervenciones que, como la metáfora de la instantánea sugiere, intentan atrapar, a partir de algún punto singular, un escorzo de la elusiva esencia de lo patagónico. Los dos vectores abiertos por la feliz ambivalencia del filosofema, entre representación y concepto, sugieren un ordenamiento posible (más o menos arbitrario, como cualquier otro) para recorrer estos textos. Así, los hay más representativos, narrativos y descriptivos, que dejan entrever borrosamente algún concepto atrapado allí, en el fondo de una imagen o un relato; y los hay más conceptuales, que muestran jubilosamente una iluminación

filosófica arrebatada a alguna impresión de lo patagónico. Subrayemos la relatividad de esta distinción: la clave está en el "más" y en el "menos" que modulan los grados de prevalencia de uno de los dos polos en cada texto, ya que la representación está siempre entreverada con el concepto en proporciones diversas, haciendo difusa la frontera entre los dos aspectos: allí radica tanto la potencia como la belleza de estos filosofemas.

Entre los textos donde predomina el aspecto representativo, se destaca el comentario estético-político sobre el Gorosito, monumento al trabajador petrolero emplazado en Caleta Olivia, donde se puede ver un individuo gigante girando el volante de la llave surtidora. La atención de Seleme se detiene sobre un detalle sorprendente: tanto la posición del obrero como los pliegues de su ropa sugieren que no está abriendo la llave, sino cerrándola. La mirada del coloso, orientada hacia el norte, sugiere una postura desafiante frente a los poderes centrales y un recordatorio de que la llave que abre y cierra el caudal de riqueza está siempre en manos de los trabajadores. El monumento parece contener, de este modo, un guiño al contrapoder obrero. Desborda su significado manifiesto para el pueblo patagónico (la identificación con la actividad petrolera) y conecta su factura con el tema de la lucha de clases.

En la descripción de otras dos esculturas, Seleme encuentra una idea para pensar la diferencia entre la Patagonia Norte y la Patagonia Sur en relación con los procesos históricos de su inclusión en el Estado Nacional Argentino. Se trata de dos monumentos al General Julio Argentino Roca. El más famoso está situado en el Centro Cívico de San Carlos de Bariloche y muestra a un Roca montando a caballo con su traje de militar. La otra escultura se encuentra

en Río Gallegos. Representa un Roca ya no militar, sino político y Jefe de Estado, ideólogo, entre otras cosas, "de la colonización de la Patagonia sur que vivificó los confines con presidios" (p. 43). Las dos esculturas expresan, en su comparación, dos momentos singulares en los orígenes y expansión del territorio argentino hacia el sur: "mientras en el norte patagónico es el estado el que produce la muerte del indio permitiendo la ocupación latifundista, al sur las políticas de estado buscan producir vida (la del preso por ejemplo) dejando morir al aborigen, simplemente, a manos de los estancieros" (pp. 43-44).

Dentro de esta primera serie más representativa o incluso literaria de textos, se encuentra un subconjunto compuesto por reflexiones sobre algunas *experiencias* implicadas en el habitar o recorrer la Patagonia.

Conducir por sus rutas es una de ellas. "Ni bien pasa la ráfaga y el ruido por mi izquierda, el espejo retrovisor muestra cómo el espacio devora un nuevo vehículo empequeñecido hasta la nada..." (p. 54). El desplazamiento somnoliento a través de la inmensidad deja al conductor solo con sus pensamientos y sirve de inspiración, en otro artículo, para ensayar una epistemología del parabrisas. Este singular objeto técnico produce una espiritualización de la naturaleza en la que "el paisaje se dinamiza a título de espectáculo" (p. 49). Con ello, el parabrisas se transforma en una precisa representación de "la inteligencia humana: abstracción, distinción, claridad y proyección sublimada" (p. 48). Es como si la fuga de los objetos hacia atrás estuviera compensada por el renovado intento de este entendimiento vítreo por mantener cautiva la enormidad que se tiene enfrente. Quien conduce el automóvil a través de la estepa queda, de este modo, como suspendido en

un frágil equilibrio contemplativo, sacudido, cada tanto, por la fugacidad que pasa al lado en sentido contrario.

Otra experiencia propia de la Patagonia es, por supuesto, el contacto con la nieve. "Cuando comienza a nevar es casi imposible no dejar lo que se está haciendo, para mirar al menos un instante la cautivante precipitación de cristales fractales. La nieve conlleva unos misteriosos efectos suspensivos y postergatorios" (p. 13).

Con la nieve, el curso habitual del mundo se pone entre paréntesis y la naturaleza misma parece sumirse en un talante pensativo. La singular suspensión espacio-temporal producida por este fenómeno habilita todo tipo de actividades recreativas y deportivas que Seleme interpreta, con un gesto en sí mismo lúdico, como disfrutes legibles a través de una lente freudiana: a nivel del "ello", la nieve ofrece el goce vertiginoso de los gomones, culipatines y trineos; a nivel del "superyo", el divertimento elegido es el esquí de fondo. "El típico aficionado al esquí de fondo es un hombre adusto de temple y de fibrosa musculatura" (p. 14). Por último, a nivel del "yo", tenemos el esquí alpino, donde las "posturas y sobre todo las poses, en más de un sentido, son lo más importante en esta variables «social» y «política» del esquí" (p. 15).

Si pasamos ahora al segundo gran grupo de ensayos, en nuestra provisoria clasificación, nos encontramos con un gesto que insiste a lo largo del libro. Consiste en pasar de lo representativo a lo conceptual, subrayando así el aspecto más especulativo del filosofema. Aquí asistimos al pasaje, sin solución de continuidad, de la descripción de un paisaje, una experiencia, una historia o un mito, a la aparición de un concepto que determina una cogitación específicamente filosófica.

El artículo que da título al libro es un ejemplo claro de ese movimiento: va de la experiencia de la estepa (más característica de lo patagónico, según el autor, que los voluptuosos paisajes cordilleranos) a una conceptualización ontológica inspirada en los diarios de Darwin. La Patagonia es pensada allí como "una infinidad de espacio que remite a una eternidad de tiempo", donde se experimenta la "acción envolvente de la nada, que expandida espacialmente parece comprimir la temporalidad a un presente puro" (p. 83). La desmesura del paisaje estepario aparece como un absoluto evanescente que deforma el espacio-tiempo al escamotear sus límites. Se manifiesta aquí otro de los motivos persistentes del libro: el sondeo de las tierras patagónicas a partir de una "ontología negativa" (p. 83). De acuerdo con esta perspectiva, el elemento omnipresente por estos pagos, el viento, actúa como "una nada que estructura" (p. 7). Los enormes hielos continentales que Seleme propone pensar como el gran centro blanco de la Patagonia, representan por su parte una "ausencia estructurante" (p. 27) del imaginario patagónico. La nada, la ausencia y el silencio aparecen, en más de un pasaje, como *fuerzas* que producen y modulan la individuación patagónica de distintas maneras.

El territorio de Tierra del Fuego, desde donde escribe el autor, es protagonista de varios artículos y tiene su propia "ontología negativa". En diálogo con un ensayo de Ricardo Rojas, esta provincia es pensada como una "gran concreción metafórica de la existencia humana" situada "entre dos vacíos": "el silencio de Dios y la indiferencia del demonio" (p. 74). Esta tesis está inspirada por la comprobación empírica de dos ausencias: "en esta tierra no reptan víboras, bajo este cielo no truena el rayo" (Ricardo Rojas, citado en p. 72). Símbolos arquetípicos del bien y del mal, la ausencia de

víboras y rayos determina un territorio anómalo no sólo desde lo material sino también desde lo simbólico. A tal punto que Seleme arriesga una lectura que hace de esta zona una tierra "auténticamente secular" y "de puro tránsito" (p. 74). Sin animal que cuide los cuerpos enterrados de los muertos ni divinidad que acoja los espíritus en el cielo, en Tierra del Fuego, para quien muere "solo hay la memoria de los vivos" (*ibídem*).

La idea de tierra de puro tránsito nos lleva a otro vector conceptual que atraviesa algunos de los ensayos aquí reunidos: el nomadismo como modo de habitar el espacio. Seleme subraya en más de un lugar el carácter nómada de los antiguos pobladores de la Patagonia, como así también el carácter migrante de la población actual, que confluye en esta tierra del fin del mundo desde los lugares más diversos, buscando la realización de sueños o huyendo de fracasos estrepitosos.

Lo anterior permite vislumbrar una conexión profunda entre los actuales habitantes de la Patagonia y sus pobladores más antiguos. Seleme deduce de esto una tesis ontológica de largo alcance: el tiempo es la dimensión más originaria de lo humano. El espacio cobra sentido como lugar y morada sólo a partir de "una horizontalidad del tiempo" (p. 104), que inscribe toda empresa humana en la continuidad de la especie a lo largo de los siglos antes que en la posesión sedentaria de lugares determinados. Cabe preguntarse, entonces, "si el arraigo es lo propiamente humano y el desarraigo acaso su tragedia dolorosa" (p. 21). Seleme señala que el ser humano es el único animal que no tiene un hábitat natural y que hizo del caminar, del estar en tránsito, la forma de vida predominante durante gran parte de su estancia en este planeta. En la sucesión de desplazamientos a lo largo de siglos y milenios, con las huellas que va dejando la

construcción de moradas provisorias en los diversos terruños, resulta pensable un tipo de comunión que trascienda los particularismos excluyentes.

En esa escala milenaria, la Patagonia puede ser pensada como una gran masa de tierra marcada por múltiples capas temporales sedimentadas. Así, el origen celular de toda vida (cf. p. 45, donde se describe la presencia, en Tierra del Fuego, de estromatolitos, unas cianobacterias arcaicas responsables de haber moldeado el ambiente terrestre hace millones de años) convive con construcciones recientes que “hacen devenir los espacios en lugares” (p. 33, donde el autor reflexiona sobre la significación urbana y social del puente Mosconi en Río Grande). Es como si la tierra tuviera incrustadas astillas de tiempos distantes cuyos signos formarían un gran palimpsesto.

Estos signos no aparecen sólo en la materialidad de los territorios sino también en las voces que allí se levantan, en los ecos que traen ciertas locuciones antiguas. Por ejemplo, en la palabra ancestral “Karukinka”, con la que los selk’nam se referían al territorio hoy conocido como Tierra del Fuego (p. 23). Esta palabra connota la isla como un lugar de lejanías y distancias espaciotemporales, de catástrofes y epopeyas originarias que configuraron la vida de ese pueblo. En la misma línea, el vocablo “kóshkil”, que los tehuelches usaban para hablar del viento y cuyo significado nos resulta aún opaco, permite, en virtud de esa misma opacidad, “dirigir el pensamiento al acontecimiento ontológico que fuga con sus ráfagas el espacio y las cosas” (p. 7). La manifestación de temporalidades arcaicas aparece también en la toponimia de lugares como “Los antiguos”, en Santa Cruz, nombre que intenta traducir la expresión tehuelche “i keu ken aike”. “I keu ken” tiene como significado literal “mi antigua gente”, pero también puede entenderse

como “los que nos precedieron” o “nuestros antepasados” (p. 102). La terminación “aike”, por su parte, remite a “morada” o “estancia” (*ibídem*), y suele figurar en los nombres aonikenk de lugares.

Pero no sólo en función de lo ancestral aparece en primer plano la dimensión del tiempo. Esta también aparece en el plano de lo utópico. A lo largo del libro, Seleme rescata una serie de utopías, tanto literarias como políticas, proyectos urbanos y sociales trunco o poéticos, en diálogo, por un lado, con autores tan diversos como Alberdi, Saint Exupéry y Arlt, cada uno de los cuales expresó, a su manera, algún impulso utópico vinculado con la Patagonia. Esta relación entre un terreno concreto y las imaginaciones que sobre él se posan conecta, por otro lado, con los anhelos de miles de migrantes que eligen esta región para rearmar sus vidas (entre los que se cuenta el autor) y forma parte del exilio interno que muchos argentinos debieron emprender en tiempos oscuros. “Lo cierto es que la Patagonia siempre ha representado el más allá inmanente de nuestra patria, su inconsciente geográfico” (p. 98), afirma Seleme en un texto que explora las múltiples relaciones, tanto históricas como metafóricas, entre estas tierras y el peronismo (“Perogonia”).

Las vías abiertas por este libro son múltiples. Su carácter fragmentario y asistemático aumenta su potencia sugestiva y contribuye a la configuración, como se dice en la contratapa, de un “pensar inaugural” que produce un campo fértil para la reflexión filosófica. Aquí hemos reseñado sólo algunas de sus intuiciones. Instantáneas del pensamiento que forman una suerte de mosaico en el que se adivina el rostro de una estimulante filosofía patagónica.